

DarkTales

# INSOMNIO



A CARGO DE MIKE ASHLEY



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2024

Título original: *Glimpses of the Unknown. Lost Ghost Stories*

Esta colección fue publicada por primera vez en 2018  
por The British Library, 96 Euston Road  
London NW1 2DB

© de la introducción, selección, 2018, Mike Ashley

© de la traducción, 2024, Víctor Manuel García de Isusi

© de esta edición, 2024, por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán  
Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq. 08010 Barcelona, Spain

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19834-62-1

Código IBIC: FA

DL: B 6.558-2024

Diseño de interiores y composición:

Grafime, S. L.

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

## EL MISTERIO DE LOS GABLETES

*de Elsie Norris*

Carstone descorrió la cortina de la sala de billar y se quedó mirando la oscuridad al otro lado de la ventana.

—Es curioso que un sitio tan magnífico como Los Gabletes permanezca vacío —comentó—. Gray sigue siendo el propietario, ¿verdad? Me pregunto cómo es posible que haya decidido no vivir allí y que prefiera que acabe en ruinas. Cabría pensar que no le preocupa que la propiedad se esté echando a perder.

—Hace cinco años, justo después de que muriera el doctor Vivian y el siguiente arrendatario se marchara apresuradamente, Gray pasó allí dos días —respondió una voz desde un sillón que había entre las sombras de la habitación; era Brendon, que estaba fumando—, pero no aguantó más y regresó a la ciudad. Hubo algo que lo inquietó y no ha vuelto a acercarse desde entonces.

—Y nadie va a hacerlo —metió baza otra voz—. En una ocasión, mi guarda, que no teme ni a hombres ni a bestias, me contó una historia de lo más extraña. Me

dijo que había llegado tarde a casa una noche y que resultó que su señora había echado la llave y no podía entrar, así que se acercó a Los Gabletes, entró por la puerta principal, que está rota, por cierto, y se echó a dormir. Sin embargo, no tardó en despertarlo un sueño aterrador. Me contó que, al abrir los ojos, un perro lo estaba olisqueando, pero, cuando sacudió la mano para quitárselo de encima. . . , allí no había nada.

—¿Quién era el tal doctor Vivian? —preguntó Carstone, que seguía junto a la ventana.

—Nadie sabía gran cosa de él —respondió Brendon—. Al parecer, estaba interesado en una rama muy concreta de la investigación médica y escribía artículos sesudos en revistas cuya lectura siempre me ha resultado tremendamente aburrida. Por lo que se cuenta, el resto del tiempo lo pasaba experimentando. Ahora bien, ¿a qué se dedicaba exactamente? Lo desconozco.

Carstone corrió la cortina, acercó una silla a la chimenea y dijo:

—No me gustaría nada vivir al lado de una casa tan desconcertante.

—No creas que a mí me gusta, muchacho —comentó Brendon animado—. ¡Es horrible vivir casi puerta con puerta con una casa encantada! Si quiero enviar una carta al pueblo una vez que ha oscurecido, tienen que ir las dos criadas, ¡acompañadas de ambos jardineros!, y aun así, a veces no son capaces de llegar y vuelven tan asustados que casi no son dueños de su persona. Me

han contado que en ocasiones se ve una luz en la ventana de arriba.

—Yo no me refería a ese tipo de inconvenientes —explicó Carstone—, sino a los psicológicos, a la sensación de que hay algo que no alcanzamos a comprender. ¿Nunca habéis sentido curiosidad por ir a descubrir de qué se trata?

—¡En absoluto! —respondió Brendon con tal fervor que hizo que sus invitados se echaran a reír—. Yo soy un buen católico, y si en esa casa está actuando el Maligno, prefiero dejarlo en paz.

—¿No creerás de verdad que hay algo en Los Gabletes? —le preguntó Carstone—. He estado en una decena de casas encantadas y jamás he llegado a ver nada. ¡No son sino supersticiones!

—Sí, es lo más probable, pero no sé por qué iba yo a tener que embarcarme en labores detectivescas. Eso es asunto de Gray.

Jordan, el que había contado el incidente de su guarda, rió entre dientes. Acto seguido, dijo:

—Brendon, propongo que apostemos a que Carstone no es capaz de pasar la noche en Los Gabletes.

—No, no, no —respondió a toda prisa Brendon—. Ni yo iría allí ni me gustaría que fuera ninguno de mis invitados.

—Pues a mí me encantaría ir —apuntó Carstone—. Si en esa casa hay algún misterio, me gustaría descubrirlo. ¡Iré esta misma noche!

Brendon objetó durante un rato, pero al ver que su viejo amigo estaba decidido a ir, cedió.

—Te dejaré un par de mantas —le dijo—, pero tendrás que volver para el desayuno, a las ocho de la mañana, o en cuanto tú quieras, claro. Te diré, no obstante, que me parece una idea descabellada.

—No voy a parar hasta que descubra qué es lo que pasa en ese lugar —manifestó Carstone.

—Siempre has sido un cabeza de chorlito —le replicó Brendon, pero fue a buscar las mantas.

Brendon y Jordan acompañaron a Carstone hasta la verja de Los Gabletes, donde Brendon se detuvo en seco y dejó claro que no daba un paso más.

—Ni un centímetro más voy a avanzar —aseguró—, y no voy a decirte lo que pienso de alguien que prefiere pasar la noche en este lugar lúgubre buscando fantasmas cuando en su habitación le esperan un fuego y una cama con su edredón de plumas y todo. ¡Gracias a los cielos, soy un irlandés de lo más sensato!

—Vendré a buscarte por la mañana —le dijo Jordan—. He de reconocer que admiro tus agallas.

—¡Buenas noches y que el cielo te proteja! —exclamó el irlandés entre risas, tras lo cual Jordan y él dieron media vuelta y abandonaron a Carstone frente a la ventana de esta casa.

No era una perspectiva seductora.

El lugar estaba tan descuidado como suelen estarlo las casas que llevan años sufriendo la desatención de su

dueño. Las malas hierbas se habían apoderado del camino que llevaba a la puerta principal y los arbustos habían crecido tanto que casi lo invadían. La puerta estaba abierta, sin duda, porque alguien había roto la cerradura.

Carstone encendió la lámpara —una lámpara de acetileno que había llenado con combustible suficiente para seis horas— y entró.

La mansión tenía el mismo aspecto que cualquier casa abandonada. Había telarañas colgando del techo y de los pasamanos, polvo por todos lados y los pasos de Carstone resonaban sombríos en las tablas desnudas. La mayoría de las habitaciones eran muy grandes, si bien no había nada destacable en ellas, excepto por el hecho de que la del sótano tenía el suelo de cemento —Carstone supuso que habría habido algún tipo de maquinaria en ella— y que la más grande del piso de arriba estaba llena de estanterías. No tardó en darse cuenta de que todas las paredes eran muy gruesas y que casi todas las puertas eran de paño.

Recorrió toda la casa y abrió todos los armarios, examinó las chimeneas en busca de restos de pájaros o murciélagos —animales que podrían ocasionar sonidos inquietantes— y cegó todos los ojos de las cerraduras para que el viento no silbase a través de ellos. Luego se instaló en una de las habitaciones de la planta baja y aguardó.

El silencio era absoluto. La zona era solitaria y la casa estaba apartada de la carretera principal. De fuera no

llegaba ningún sonido y el único que se percibía en el interior era el esporádico chisporroteo de la lámpara o el chirrido de alguna puerta cada vez que entraba una ráfaga de viento por la puerta principal.

Pasó una hora. Carstone había acabado su tercer puro y empezaba a sentir un frío gélido. A través de las ventanas, cuyas contraventanas estaban abiertas, alcanzaba a ver las luces de la casa de Brendon, aún encendidas, dejándole claro que sus amigos todavía no se habían acostado.

Otra hora. Nada había pasado de momento y Carstone empezaba a pensar que nada iba a ocurrir cuando, de pronto, se puso de pie y se acercó a la puerta. Echó mano al bolsillo para confirmar que su revólver seguía allí. No había oído ningún ruido y, aun así, por alguna razón que era incapaz de explicar, algo había hecho que se pusiera en alerta.

Aquella sensación ya la había tenido en otra ocasión, una vez que despertó en mitad de la noche de un sueño muy profundo. Ni había oído nada ni había percibido movimiento alguno, pero había decidido encender la luz eléctrica a toda velocidad y enseguida tuvo las manos en torno al cuello del ladrón. Ahora había sentido lo mismo, el instinto de que un enemigo lo acechaba, una intuición heredada de nuestros ancestros de los bosques.

Durante varios minutos se mantuvo a la espera junto a la puerta, con la lámpara en una mano y el revólver en la otra. Notaba electricidad en el ambiente, como si allí



hubiera algo que resultaba turbador y doloroso. Aquello no lo había sentido nunca y la sensación lo llevó a estremecerse. Inspeccionó de nuevo todas las habitaciones del sótano y las de la planta baja y, como no encontró nada en ellas, subió las escaleras.

Las habitaciones de arriba también las recorrió de una en una hasta que no le quedó sino la de las estanterías. La puerta de esta estancia estaba cerrada y se detuvo frente a ella porque algo le decía que el intruso estaba al otro lado, si es que había algún intruso. Tan fuerte era la sensación que, cuando por fin empujó la puerta con fuerza y levantó la lámpara para alumbrar aquí y allí, lo decepcionó enormemente ver que no había nada. Se acercó a la ventana y la examinó. Estaba claro que hacía mucho tiempo que nadie la abría.

Dio media vuelta y entonces se quedó de piedra. En la puerta había un perro, una criatura huesuda con la piel amarillenta, la lengua colgando y la cabeza ladeada.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad? —le preguntó Carstone al animal antes de soltar una carcajada—. ¡Menu-do estás tú hecho, que tienes asustada a toda la región! ¡Fuera!

Pero el animal no se movió. Carstone veía el brillo de sus ojos en la oscuridad, como cuando ves los ojos de un gato bajo la mesa.

El hombre dio un paso adelante y golpeó el suelo con tal violencia que levantó una nubecita de polvo. Los ojos del perro seguían brillando desde el pasillo.

Carstone estaba molesto. Se trataba de un animal sarnoso e inútil, así que le pegó un balazo entre los ojos.

Pero el perro ni se movió ni vaciló siquiera.

A continuación, el animal entró en la estancia y caminó como si nada hasta la pared del fondo. Carstone se percató de que arrastraba las patas traseras y llevaba la cabeza ladeada, como si hubiera sufrido algún daño. Entonces se dio cuenta de algo por primera vez... ¡la criatura no hacía el más mínimo ruido! Lo único que se oía en aquel lugar era su propia respiración, agitada.

Carstone era incapaz de comprender la situación, así que hizo lo que muchas personas cuando se enfrentan a algo que no alcanzan a entender: perdió los estribos.

—¡Maldito seas! —Y disparó una vez más y la bala provocó otro destello.

Algo resolló a sus pies. Tuvo claro que algo lo tocaba, pero el perro amarillo seguía tumbado junto a la pared, mirándolo con una actitud a un tiempo patética e interesante.

Fue entonces cuando Carstone sintió miedo. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Tenía miedo a algo, pero no sabía a qué. Una criatura que era incapaz de ver seguía resollando a sus pies y, de súbito, embargado por el desasosiego, salió corriendo de la habitación. Cerró la puerta de golpe, pero sabía que algo le seguía y sintió pavor de que pudiera morderle los tobillos.

Con la lámpara y el revólver aún en la mano, a punto estuvo de caerse escaleras abajo. No se detuvo a recoger

las mantas y salió de la casa como alma que lleva el diablo hasta el descuidado jardín.

En ese momento se sintió un poco avergonzado. Se había comportado como un completo idiota. Dudó, pensando en si volver a entrar.

—¿Eres tú, Carstone? —se oyó que decía una voz, y Carstone pegó un salto, aún de los nervios—. No podía dormir, así que he venido a ver qué tal te iba.

—¡Y no sabes cuánto me alegro de verte, Brendon! —respondió Carstone con voz ronca—. Si te digo la verdad, dudo mucho que fuera capaz de aguantar una hora más en esa casa.

—Hum —gruñó el irlandés—. Yo tampoco lo haría. No he querido decírtelo antes, pero se cree que el doctor Vivian se dedicaba a la vivisección, dado que Gray encontró decenas de esqueletos de animales en el jardín. A mi entender, hubo tanto sufrimiento en esta casa que ha dejado huella en ella. No sé qué pensar.

—Hay algo en esta casa que no llego a entender. Uno de los perros se me ha acercado y le he disparado..., pero no lo he matado.

Carstone se estremeció. Se alegraba de que Brendon hubiera venido..., porque seguía teniendo presente el brillo de los ojos del perro y seguía sintiendo como si algo hubiera intentado morderle los tobillos.

## ELSIE NORRIS

**E**l nombre «Elsie Norris» apareció en más de un centenar de relatos cortos de 1906 a 1914; no obstante, no he sido capaz de encontrar nada claro sobre ella. Casi todos esos relatos aparecieron en los semanarios *Yes or No* y *The Weekly Tale-Teller*, publicados por la editorial londinense de Harry Shurey, que también publicó muchas novelitas románticas enfocadas a un público femenino y joven. Elsie Norris escribió asimismo unas cuantas historias para *The Theosophical Review*, por lo que bien podría tratarse de una conversa a la teosofía.

Mi búsqueda la complicó, en parte, el hecho de que se trate de un nombre bastante común, si bien en el Censo Británico de 1911 tan solo se encuentran dos, que no parecen candidatas probables. Cabe la posibilidad de que «Elsie Norris» fuera un seudónimo, en cuyo caso desaparecería toda posibilidad de identificar a la escritora. Sea como fuere, escribió muchas historias de fantasmas y de sucesos extraños para aquellas revistas populares, incluida la anterior, que fue parte de una serie que apareció en 1908 y que llevaba por título *Destellos de lo desconocido*.

